

GALLOFUEGO

Lo apellidó Gallofuego, porque al despuntar los botones de las espuelas, del cuello y sobre las alas le brotaban plumas encendidas, chispas de fuego de rojo escarlata, y entre chispas y chispas estallaban algunas flechas como de oro viejo y plata negra. Pero a veces, con el guarapo adentro, Cholo, hecho un manojo de cariño, solía decirle al animalillo:- "¡ Gallofuego! jágase pa'ca, Gallofuego, que aquí, semos dos líquidas personas en el mundo".

Un sábado azul, bordeando la noche, lo trajo de la lejanía.

- Es mejor, amigo que se lleve el pollo, porque hoy no tengo dinero para pagarle el trabajo en plata. Usted me perdona-dijo el patrón.

-No- contestó Cholo- mejor me queda debiendo, pues.

- ¿Sabe? Reciba el sujeto que después será gallo. ¡Y qué gallo!

-Mire, amigo, pasa de que yo soy solo, solitico en mi casa, y no me gusta criar animales.

- Tome el pollito en pago, y yo sé que me lo va a agradecer después. Tiene raza de peleador; dicen que de España.

-No me gusta la riña de gallos -respondió cholo.

-Pero cóbrese la cosa con esto y no lo pelee, pues, señor. El vale más que la plata cantante y sonante.

-Bueno, así será ... venga su pajarito. ¡ Qué se va a hacer ! ... me jodió patroncito.

Con el tiempo eran dos individuos en el rancho, rodeados de un silencio cuadrangular y hondo . El miedo llevó al hombre a vivir en aquella deshabitada geografía. A medio día de camino, subiendo y bajando lomas, quedaba el mar. Esto era en el sur. Hacia el norte, cerros y matorrales lindantes con la negra y morada

dimensión de la montaña. Cholo no le tenía miedo a la sierpe de la soledad, o al silencio plúmbeo de cenagosas noches de lluvia electrizadas de centellas y rayos que reventaban a veces casi en las puntas de su rancho. Fue que un día, por cualquier cosa, el capataz le sajó la cara de una cuchillada.

Sabe amigo - le dijo Cholo al negro viejo que vendía guarapo - yo soy hombre, aquí y en todas partes. No le tengo miedo a ese capataz, hijo de la mala leche, ¿pero temor a matarlo? eso sí. Por allá -y mostró el filo negriazul del horizonte- sobre el mar está la isla penal a donde llevan a los hombres que matan, usted lo sabe.

Por eso dejó la hacienda y se remontó cuanto pudo. Clavó su bohío sobre una loma para pesquisar el mundo ¿Alrededor suyo? ¡Nadie! ¿Para arriba? La claridad y la negrura de las estrellas.

Su compañero humano era Gallofuego. En el giro musical de su vida íntima, en los silencios cotidianos, Cholo conversaba con el gallo, cantaba, reía. De noche, el hombre se echaba al camastro, hecho de carricillo y el animal lo escoltaba en sus sueños, desde una vara arriba como una águila absoluta. El gallo era gente de verdad, pues hubo un tiempo viejísimo en el principio del universo, según narró el Indio Juan Naponuceno, acerca de las sabidurías del Tata Candelario Sires cuando "to animal, to bicho jablare; sapo jablare, venado jablare, víbora jablare."

A la cinco de la mañana, Gallofuego, reloj de campo, alegraba el sesgo de las madrugadas. El hombre encendía las pavesas antiguas y hacía brasas. El día se iluminaba con el fuego de sus plumas.

Eran largas las conversaciones entre Gallofuego y Cholo, sobre todo cuando el hombre regresaba borracho de lejanas faenas en donde solía asalariar. El gallo escuchaba atentamente. Sobre sus muslos, con el pico trituraba los piojitos montañeros entre los vellos de la piel curtida, del solitario peón.

Cholo cargaba encima treinta años cumplidos. Se acostumbró al lomerío, a la cuadrilátera infinitud del paisaje, a estar solo con su Gallofuego. Sin embargo, de vez en cuando entraba en celo,

enrumbaba hacia el mar, terciaba el machete, tomaba a Gallofuego, lo acomodaba en una chácara especial y salía de paseo, los domingos, por esos derroteros.

"¡ Oiga, Gallofuego ! Semos dos hombres machos y hoy vamos a buscar la vida. A ver écheme un cantillo de plata, apriete esa pechuga roja, cante, Gallofuego, ¡ Epa ! ¡ Asina, nomasito ! " Y el trino del gallo cabalgaba en un potrillo de cristal, sobrevolando las lomas, y entonces Cholo contrapunteaba con un verso improvisado:- " Gallofuego, compañero, ¡ ombé ! "

Allá en el mar, en una playa sucia, en destartelado rancho de pencas de palmas real, había un negro viejo que traficaba en guarapos y otros aguardientes cimarrones. Cholo acudía con Gallofuego, lo sacaba de la bolsa y lo encaramaba en una estaca, se acomodaba en un tronco seco y solicitaba al vendedor marino la bebida rebosante de alcoholes. Mientras miraba por encima de la vasija de guarapo fermentado, las gaviotas, Gallofuego echaba al ámbito sus gritos y de entre matojos emergían las gallinas- "Baje, compañero --indicaba Cholo- logre el gusto con sus amigas ".

Gallofuego esponjaba el pecho, rasgueaba las alas con las espuelas, montaba a las pollas, se estiraba gozoso y volvía a cantar. El negro observaba, Cholo bebía y miraba a lo lejos la comba del mar. Allá sobre las olas saltaban plateados peces azules. Cuando se acabaron las gallinas y los amores de Gallofuego, Cholo pagó al cantinero, tomó su gallo y dijo:- " Buenas tardes y gracias ".

Entonces tomaba camino por los chaparrales donde vivía su amiga Chenchá.

Pero Chenchá era otra historia. Se parecía a Cholo, porque vivía solitica en la compañía de un puerco. De menos edad que el hombre , sin embargo, parecía mayor, por los sufrimientos y las lágrimas.

Tenía las manos duras, rosadas y bellas, pero en realidad, era lo único hermoso de su cuerpo. Otra cosa era su alma, pero no se veía.

- Le digo que la vaina sucedió cuando el diablo del hombre me sonsacó y me trujo para estas soledades, señor, para estas honduras-declamaba Chenchá en el giro de su testimonio- Vaquero él, cuidaba estos potreros de un don no sé quién de allá, por los pueblos. Oiga, y al principio, bueno, había para un pasar. En eso, me hizo un hijo.

Mire, y para desgracia mía, la criatura murió. Seguimos en la joda, a según dios manda, tumbándonos y parándonos, pero un día que amaneció más temprano, el dicho hombre me abandonó. Tomó un rumbo. ¡ Quién sabe a dónde se fue ! Me dejó ese lechón. Parecía un perro flaco, pero yo lo crié. Tengo, pues, ese puerco. No hay nada más en el rancho. Pero, ¿ sabe amigo Cholo? déjese usted de venirme con esas vainas de querer arrastrarme para su madriguera. Yo no quiero saber más de hombres. Más si es de su parecer, de vez en cuando, amiguito Cholo, venga a verme. Aunque no tengo cama doble, para los dos hay lugar y dormiremos a gusto. Pero bueno mañana, mejor se regresa para su país. Usted vive no más al otro lado de aquella faja de lomas; gasta algunas horas en el mandado. Y si le apetece mi cuerpo, no deje de venir, que a yo me place en ocasiones. Es mejor vivir cada uno con lo suyo, pienso yo, por estas partes del mundo, y puedo estar equivocada. Yo con mi puerco y usted con su gallo. ¿ Qué me dice ? Oiga, cuando usted se me va, siempre le doy un bastimento para que lo coma caliente, en su casa. Yo lo dejo ir curveando allá, por el rastrojo, y pelo el ojo hasta cuando se lo traga lo hondo de aquella bajada azulita. Y así es, ¿ sabe una cuestión ?... Hasta acá me suena el canto de Gallofuego cuando usted se pierde en la ceja de aquella loma colorada, y entonces yo me digo: -" ése es nada menos que Cholo, el de Gallofuego, que me quiere un poquillo "- ¡ Je ...je !.. La verdad es que algo me gusta de lo suyo, pero he jurado no saber más de los hombres. Y dígame, la vez pasada se llevó mi cochino y estuvo el marrano una semana en su rancho...me puede decir ¿ qué hacía allá mi lindo cerdo ?

-Bueno- respondió Cholo- ¿ qué le voy a contar, Chenchá ? Su puerco andaba por allá, bichando y bichando. El gallo trotaba detrás del lechón. Así anduvieron, mismamente, como dos legítimas personas.

- Oiga, y cuando usted me dejó a Gallofuego donde mi, porque ese día andaba borrachísimo, ¿ se acuerda de eso, mi compa ? Yo tenía una alegría de oír al dicho Gallofuego cantar. Me aliviaba de noche, pero más al amanecer, pues oír al gallo y acordarme de usted, era una sola cosa. ¿ Sabe qué hacía ? Se montaba el muy gallo, hecho el jinete, encima del lomo del cochino, y se iban los dos, en esas maromas, a la quebrada. Yo le cuento y le pregunto:- « ¿ Por qué patroncito, es tan mezquino y pichicuma, que no me regala su gallo ?

-Ajá... yo le daría esta prenda si se fuera conmigo. Pero como usted, doña, no quiere, yo me llevo mi propiedad, porque "semos" una pobre compañía, Gallofuego y yo, en esta perra vida ¿ Qué le parece ?

-Bueno- dijo Chenchá- así es la vida, creo yo, porque le dije que no quiero enredarme más con masculinos.

-¿ No será- respondió Cholo- digo yo, y me perdona, que su merced tendrá por allí, cada vez y cuando, otros ajustes ?

-No sea celoso, hombre. Si ya alguien dijo que yo, Chenchá, era la puta suya, únicamente. Y en este tenor voy a seguir, según creo. Pero si algún día usted oye que me he muerto, sólo le solicito que me entierre debajo del palo de guayabo, y se lleve a mi desconsolado y huérfano lechón. Y entonces, cuando vea a mi chanco, se acuerde de mi, de su Chenchá ¿ ya oyó ?... de su putilla privada, como hablan los ricos de las ciudades, que tienen propiedades privadas y cuentos.... Y yo privada hasta del mismo resuello. ¿ Trato hecho? Y entonces, cuando le eche maíz al puerco ¿ ya oyó? o cualesquiera otras golosinas, como decir guayabas maduras, mangos, su algo de afrechillo de arroz, en fin, acuérdesese de esta mujer Chenchá, y el gusto que yo le di.

Y le ruego buenamente que no mate al cochino, ni se lo coma nunca, porque estaría alimentándose de gente humana, ya que ese puerco soy yo misma.

-Ajá, Chenchá, así lo creo palpablemente. En eso estoy. Y sepa que Gallofuego también es gente como nosotros. Y está bien, quedamos en estos tratos. Y si yo faltare primero, porque todo puede ser y no ser, amiga Chenchá, entiérreme boca "pa" abajo, para ir derecho al fondo humano, final. Pues soy al revés de la humanidad, y aunque mientan que el cielo está arriba, con sus millones de ángeles y arcángeles, porque serán muchísimos, si se toman en cuenta los años del mundo... yo "jallo" más bien que está abajo. Y quién sabe Chenchá amiga, si ni hay cielo, ni nada, y "semos" como los caballos muertos, o las zorras muertas, o los gallinazos muertos, que sólo se vuelven pudrición y mierda...

-Eso es - contestó Chenchá - ¿y quién lo sabe pues "naide" regresó, que yo sepa, de las muertes...

Así conversaban Chenchá y Cholo, lo del ser y la existencia, de la vida y de la muerte. Entre ellos había un encadenamiento de lomas y caminos, de trepa que sube, de sol refulgente, caluroso sobre todo en el mes de marzo. Era cierto, Cholo iba, de vez en cuando al ranchito de Chenchá, pero a su regreso, su vida era Gallofuego y su enderredor solitario. Nunca acudía a los poblados lejanos por la sal y otras mercaderías. Esto lo resolvía con el pequeño comerciante, el negro viejo que vendía fósforos, querosín, tabaco, azúcar, sal y guarapo fermentado.

Cholo tampoco vivía de los recuerdos nuevos o viejos, y ni siquiera pensaba largo rato en Chenchá. Eso sí, le dolía dejar a su Gallofuego solito, en la choza cuando salía a ganar algún jornal, por la costa, en distantes peonadas o agriculturas varias.

Cuando ganaba los salarios por aquellos sitios vivía desolado, en medio de los trabajadores, aplastado por los capataces en el áspero ejercicio de sacar estacas de níspero de montaña. Los sábados, días de pago, era su alegría más caballa. Entonces ponía proa hacia

las lomas, sobre pedregosos senderos de tierras rojas, al encuentro de Gallofuego y sus cuatro o cinco matas de maíces y frijoles. Pero esta vez regresaba borracho y se le hizo noche en el camino, y al trepar una colina alta, se sorprendió, ver, al fondo, el panorama encendido, deslumbrante, fragoroso. La tierra ardía, casi todo el mundo alrededor.

Al principio, Cholo dudaba del fenómeno; ¿lo que miraba era una quema real o las nieblas y humos de su borrachera? El susto le devolvió el entendimiento, y observó el perfil de las tremendas llamaradas que trepaban hacia las talanqueras oscuras de la nube. Surgían ráfagas moribundas de candela aquí y allá, como apagándose y reviviendo por donde ya el fuego había pasado.

El hombre, aturdido, siguió el trillo sobre el terreno quemado y comprobó que todo había sido chamuscado por el fuego: las lomas, la paja, los siembros. A esa hora, alumbraba una luna pálida, verdosa y cómplice. Aún centellaban tizones aquí, troncos allá. A Cholo se le apretaba la nariz con el tupido aire de vegetales carbonizados y de animalejos asados en su inútil fuga hacia la muerte.

- ¡ Puta ! ¡ Volvió el hombre a quemar el campo !- expresó Cholo.

Cholo quiso apurar los pasos, pero perdía el rumbo. Podría ser un engaño, no había tal incendio. Por lo tanto, su rancho estaría allá sobre los cuatros horcones de macano y , adentro, Gallofuego, entretenido en su cantar.- "Pasa de que a veces la realidad que vemos no es la realidad".

Pero, ciertamente, el vendaval de candelas había devorado la vida, y cuando el hombre llegó a su sitio, los pilares recios, hechos brasas, anunciaban el castigo del fuego. Entonces, bajo la confusión del espectáculo y su borrachera, recordó que los terratenientes quemaban los campos para que los campesinos huyeran de sus tierras, y eso acontecía cada vez y cuando, en los veranos. Lo más

seguro, por tanto, era que Gallofuego se hubiera consumido entre dolorosos gemidos humanos y quemantes llamas.

-¡ Chumba !... yo si soy un desgraciado, ¡ carajo !- exclamó Cholo.

Levantó los ojos al cielo. ¡ Nada ! Solamente la humareda y un zumbido de pájaros extraños, bebedores de humo. ¿ Serían las golondrinas ?

A última hora, el viento rápido, sorpresiva y miserablemente hizo rodear la choza de lenguas de candela roja y negro humo. Gallofuego intentó volar, pero no pudo. ¿ A dónde podía ir que no fueran las llamas?

Pero, de pronto mientras una astillita de duda le mordió el cerebro. Cholo súbitamente, se acordó de Chenchá. Regresó por el camino, y hablando solo, dijo:- "Lo más seguro es que este incendio se pasó las lomas y cayó al otro lado, sin haber fuerza en el mundo capaz de detenerlo. Uno no debe jugar con la muerte."

Luego, sin poder explicarse la cuestión por primera vez sintió hacia Chenchá una llamada superior de la sangre. ¿Qué oscuros y recónditos sentimientos hacía que se apretara su garganta? ¿Por qué ahora le parecía aquella mujer algo infaltable, infinito y sumamente hermoso? Repitió en el soliloquio: "Es que no se debe jugar con la muerte" !-Quién sabe! La quema tal vez ni alcanzó el terreno de Chenchá. ! Qué va ! Gallofuego, tan vivaracho, seguramente, al oler de lejos las candelas, huyó, y como también él era de fuego, ¿ quién sabe? A veces, en sus cacerías de bichos , iba lejos, lejísimo, a lo profundo de las cañadas, casi topando con las montañas negras, entre los riachuelos, buscando al marrano de Chenchá.

Y así, el hombre caminó, caminó y caminó, vueltas y revueltas, ya con la luna apagada como pequeña hostia roja y verde en el horizonte. Llegó al fin, donde Chenchá. La quema negreó todo, nada más bullían las brasas entre lo oscuro. No encontró noticia

alguna de la mujer, ni rastros del puerco. Ni un jeme de vida. Arriba parpadeaban estrellas sucias. Detenido allí sobre reverberantes brasas, perdía el tamaño del diámetro de la noche y de los rumbos. Le acosó un deseo de oír al puerco gruñir, hozar, levantarse de algún lado. Aunque solo fuera el fantasma, la abusión de Chenchá. Sintió algo extraño y frío, muy parecido a la puñalada que le cortó la cara, pero ahora la hendidura la palpaba en el estrujado corazón. " Chumba ! ! Cómo me duele la pobre Chenchá ".

Escudriñó entre las cenizas del rancho, pero era inútil, no había chanco muerto por ningún lado, ni aparecía una pelusa de Chenchá-"Diablos", se dijo el hombre, Chenchá era muy viva. Apenas olió las candelas y vió los humos, barajustó a juir, se llevó a rempujones el puerco ¡Jo! ¡ Que vaina ! Es lo mismo. Si se fue o se murió, para mí da lo mismo».

Y con un cerro de piedra encima de las espaldas, marchitado de pesares, regresó Cholo, tristón, a su predio calcinado, bajo las mortuorias lilas del amanecer. Se tumbó debajo de la osamenta negra de un árbol, de los cuatro horcones carcomidos y, aturdido por el sueño, se quedó como una tusa.

Despertó a las diez de la mañana. Se pasó la mano por la cara, desapartando las mechas de pelo, y al saberse desguarnecido sobre la orfandad curva de las distancias requemadas, lo apretó la angustia y su pequeñez humana ante la indefensión de su mala suerte. "Caraste!" -se dijo- Gallofuego puede estar vivo, ¡quién sabe! ¿Y si está metido por allá, en alguna quebrada? Porque los animales son así, saben más que la gente de los espantos de la muerte. Y Chenchá, al ver las llamaradas negras y rojas, huyó; ella sabía huir, y entonces, ya no volverá. ¿Deberé buscarla yo? Ella jamás regresará a estos andurriales".

Por eso Cholo decidió empezar de nuevo. Cortó algunas varas, colgó la ranchería. Allí estuvo el resto de la tarde. Acudió la noche,

con la luna ahumada. Se durmió boca abajo. Pero como a las once de la noche, del fondo del sueño o de la realidad, vino en un centelleo desde el horizonte, el rasgueo de un canto.

- ! Chumba ! ¿ Será Gallofuego ?- se preguntó.

Y no pudo dormir más. Alertó el oído. De nuevo, del lejano chiflón, allá cortaba como un cuchillo el cascabeleo del canto.

-¡ Carajo ! ¡Es Gallofuego, mi compañero ¡ay! ombé !- y Cholo tomó la derecha musical del eco.

La luna negra le abría el camino entre las chamuscadas lomas y los esqueletos de apachurradas arboladuras. El hombre se encaminaba al arroyuelo, y se dijo:- "Puede también ser el diablo que me llama , con su disfraz de gallo. Pero si es así, al fin le veré la trompa. Dicen que el mismísimo demonio es un cristiano flaco él, blanco, de ojos verdes con rayitas rojas, dientes de oro, largas cadenas y leontinas de oro y plata y un cierto hedor de azufre. El maligno se vuelve puerco y se convierte en gallo, se transforma en perro o en hombre, según sus diabluras".

Otra vez, curveó el relámpago del fino canto del gallo, cortando la espesura, y entonces Cholo sintió que le brotaba la sangre. Y hecho y derecho, allá en una ciénega empañada, le pareció ver a Gallofuego, justamente encima del lomo del marrano de Chenchá. Tal para cual, al son de los viejos días, como narraba Chenchá, que se había comportado en la huerta, la vez en que Cholo lo dejó por olvido después de la gran borrachera y los amores.

Cholo llamó a los sobrevivientes. Ellos salieron del agua a topar al hombre...

Y Cholo tomó a Gallofuego, le limpió las alas, lo apretó contra su pecho y echó a caminar, de regreso, con la sombra cúbica de la luna y el lechón detrás, trotando como gente humana.

Santiago de Veraguas, 1967

* Gallofuego - Publicado anteriormente como: *Gallofuego - Gallogente.*

Amor y la vida

Amor y la vida



LA ABUELA DEL TIGRE

Dicen que al morir la pobre abuela, ese día, el gran río rojo bajaba con pereza repleto de lagartos amarillos, y yo era, para entonces, tan inocente que desconocía tantas cosas de la vida y de la muerte. Pero tengo memoria de la abuela y la gente no me cree. Los parientes sacan cuenta con los dedos y se enredan en los olvidos. No aceptan, además que yo recuerde cosas de cuando empecé a caminar. Había un rancho de paredes de varas sueltas, amarradas con bejuco y yo me agarraba de las varitas y así empecé. Pero hay algo más extraño. A veces andaba solito por la orilla del gran río, poblado de lagartos, o bajo los bosques de inmensos árboles y escuchaba música sinfónica. ¿De dónde venían esos conciertos de violines y arpas, de pianos y oboes? Eso sí no lo sé.

Yo vivía con la abuela en la montaña, en un caserío asentado en una loma colorada, a la orilla del gran río, y en el aire venía la música selecta. Supe que la música era sinfónica ya cuando vine a las ciudades, en donde no hay montañas, ni ríos con lagartos, puesto que por las radioemisoras escuché selecciones que la gente llama: música de muertos, aunque se trata de música alta, así de un Beethoven, aunque yo más creo que en mi infancia oía a Stravinsky, Jachaturian o Paganini, campanela de Paganini, o la sinfonía número dos de Rajmaninov, porque la montaña tiene su música tremenda.

Con la abuela vivía mi abuelo, un hombre bien construído y organizado, con gran talante, hijo de español con negro e indio. Era moreno - claro, con un sombrero alón y la nariz más grande que la mía y sumamente perfilada. Pues bien, el abuelo me decía que los árboles solían llorar o cantar, según el tiempo y sus tragedias, y tal

vez, de esa música sinfónica, forestal y ecológica de la montaña se trataba, en los lejanos días de cuando yo vivía con mi abuela y los lagartos.

Cuando la abuela se murió, quedó así, acostada en su catre, bien muerta. Ella era muy bella, un taco de mujer. Y de mi abuelo se dijo, también que era un gran enamorado de mujeres guapas, pero los dos se murieron, una primero y el otro, después. Ella también era una mujer medio india y medio negra: pero negra fina, delgada y clara, de ojos profundamente negros y brillantes. Mi abuelo, le decía que tenía ojos de sierpe o de culebra o de víbora terciopelo, de las muchas que había por allá, en el país de mis abuelos, la gran montaña del Darién.

Bueno pues, cuando mi abuela se murió se quedó, así muerta, y como suspendida en el aire y no sobre el cuero del catre ; porque mi abuelo hacía catres con cuero de animales de monte, como decir de tigre, como decir de puma; y eran unas camas frescas y livianas para dormir. Yo no lloraba, tal vez, porque no tenía tiempo de llorar, ya que esos eran oficios de gente mayor y no entendía la muerte, ni el misterio brutal de acabarse totalmente y no regresar más ni nunca ; y qué se yo !... Pero mi abuela era altaneramente bella cuando, en las tardes, en su silla rústica, sentada allí remendaba camisas y trapos viejos o bordaba pañuelos para gentes que vivían por allá, lejísimo. Ella se recortaba contra el fondo del río, el cual parecía un mar, las más veces chocolate, de puro bravo, porque en él chapaleaban los lagartos, y lo ensuciaban, de tantos lagartos que allí vivían y se multiplicaban más que las gentes. Y no olvido esa figura de la abuela, con chaqueta de basquiña, creo, de fondo negro, con cuadros amarillos y celestes, pero tal vez era de fondo azul. Y siempre andaba con esa basquiña y una falda, al estilo de las polleras montunas, algo así. Señores, había que ver ¡cuán linda era esa mujer!

Dije que vivíamos en una loma, por allí había un caminito curvo de barro rosado y rojo, paso obligado de los vecinos, de los caminantes, los aventureros, los cazadores de lagartos, los caucheros, los chicleros, los que recogían raicilla y los lavadores de oro.

Mi abuelo se encontró a mi abuela en un lugar del Océano Pacífico, llamado Piña, cuando atacado por el ejército colombiano, su destacamento guerrillero fue destrozado y huyó de su país. Luego, en su nuevo oficio de buscador de raicilla se halló a la abuela, quien era la mujer más bella de la costa y de la montaña. La montaña era muy tupida y alta, con árboles añosos, de quince, veinte y hasta cincuenta metros, en cuyas sombrías arboladuras vivían los monos, pericos, loros, guacamayas y las águilas arpías. Y no se hable de animales de todos los linajes; muletos, machangos, conejos pintados, venados, machos de monte, boas, víboras mortales, manadas de puercos de monte, sahnos y los feroces tigres ; tremendos gatos que aullaban con una dimensión terrible, sobre todo, en las noches, y uno de chiquillo, se cagaba de miedo y se meaba...

Pues en ese mundo se encontraron los dos lindos, y se juntaron; nacieron hijos e hijas y mi madre, pero no voy a hablar de ella, pues se trata de contar lo que le pasó a mi abuela.. Dejemos aquello de cuando nacimos y el lugar del mar Pacífico, que casi nadie conocía, para esos días del reinado de mi abuelo, el buscador de raicilla, y ex-guerrillero de los tiempos de las peleas de los liberales, quien después se quedó a vivir en esa loma colorada a la orilla del gran río.

Pues sí, por la casa de madera cruzaban los caminantes. La vivienda no era grande, pero sí cómoda hecha sobre tambos, para evitar las culebras y los tigres. Allá, en ese país sobraba la madera y la casa era de cedro espino y cedro amargo; tablas rosadas, con hermosas vetas. Cuando era niño, me gustaba tenderme boca arriba y mirar las artesanías de mi abuelo. Jugaba a buscar en los tablones

gatos, fantasmas, abusiones, caracolas, caballitos de mar, tiburones y lagartos. Todo eso habían en la madera taraceada, en las venas de las fibras de matices escarlata o siena y el fondo rosado y castaño.

Madera había mucha y árboles, sobre todo. En el verano, de pronto se encendían los guayacanes amarillos; recuerdo, había uno en el patio, y era como la nieve. ¿ En qué sentido nieve, si la nieve es blanca y el guayacán amarillo ? Pues que a veces uno se acostaba, con el árbol lleno de hojas y en la madrugada, las hojas se habían caído absolutamente todas y sólo se miraba el fulgor amarillo de las flores, y según me han dicho lo mismo ocurre con las nevadas. Y había guayacanes aquí, otros allá en la negrura verde y a veces azul y campánula de la montaña, porque era una montaña bárbara y caballa.

La gente pasaba por la solitaria casa y mi abuela subsistía íngrimamente en sus negocios de tejer, cocinar, lavar y dormirme, tras de pegarme con una varita especial que le traía mi abuelo.

A veces me pegaba en las manos, si el delito era pequeño; pero si cometía varios crímenes, tales como aplastar un pollito, me pegaba en el culo pelado, hasta dejarme ronchas, porque ella era bien tiesa y no quería tener criminales en la familia.

El día en que se murió, a la casa llegaron los vecinos desperdigados, y mi abuelo, eso no se me olvida, el pobre hombre serruchaba las tablas, lleno de hombría y paciencia. Con un hilo de majagua medía el tamaño de la abuela, distancia que él conocía, puesto que había vivido toda la vida, nada más con ella (aunque se decía que cuando mi abuelo se iba a trabajar en la montaña, adentro, y demoraba por allá unos quince días, tenía su cualquier negra de repuesto, por esas honduras y soledades llenas de culebras y de tigres, y yo creo que eso no estaba del todo mal, con lo infinito que era ese mundo del bosque milenario del Darién).

Bueno, estaba allí muerta la abuela y aún muerta lucía bellísima, y seguía mi pobre abuelo, construyéndole la caja, porque así era en los tiempos de antes y no de otra manera. Los camaradas montañeses, le daban una manita, y le serruchaban sus cualesquiera tablas, mientras se metían voluminosos tragos de aguardiente cimarrón, que al parecer era una ricura del mismo diablo.

Así pasaba en el patio donde elaboraban el ataúd y acá seguía la abuela muerta y mi abuelo, de vez en cuando acudía a ella, se pasaba la recia mano por la frente para quitarse el sudor y echaba también su cualquier llantito, pero muy comedido, muy de hombre, muy de amante. Pero las que lloraban como terneras de un corral, resultaron ser unas fulanas prietas que yo jamás había visto por la casa, y ellas lo hacían como si hubieran muerto, de verdad, sus propias madres, pero mi abuela no les tocaba nada a ella. Las lloronas fueron contratadas por un compadre de mi abuelo, justo para eso: para llorar con esa medra, de modo que la difunta no se fuera de este mundo sin llantos, lo cual era demasiado triste y miserable, en semejantes soledades de la montaña. Las damas plañideras, de que lloraban, lloraban...¡ oiga que daba miedo ! y de vez en cuando pedían aguardiente cimarrón, o chicha fuerte y café negro y pegaban de nuevo a llorar. A mí eso sí me mataba el ánimo. Que la abuela se hubiese muerto, yo no lo entendía a cabalidad, ni sabía lo que iba a ocurrir con el entierro, y puesto que se hablaba de un viaje que iba a realizar, yo tenía mi esperancita de que pronto la volvería a ver, en la casa tejiendo sus pañuelos. Pero me acongojaba muchísimo el doloroso llanto y los adoloridos ecos que se repetían en los entreveros y vericuetos verdiazules del bosque.

Años después del entierro, eso se dijo, pues ya me habían traído a la ciudad de gente civilizada, en donde no hay lagartos, ni guayacanes florecidos, ni gran río, ni montaña, todo lo cual, digo yo es una verdadera mugre; bien repito, meses después del largo viaje, del cual, ahora veo que jamás ni nunca regresó la pobre y

bella abuela, ocurrió que pasaba por el caminillo rojo, allá en la loma, en la casa abandonada (porque la casa quedó solita, y empezaron a crecer, dentro de los cuartos, toda clase de bejucos y alimañas) pues pasaba un joven caminante y en eso vio, recortada contra el fondo del río, a la abuela serena, como estatua, con su blusa negra o azul, tejiendo un largo pañuelo blanco. El muchacho sabedor de que mi abuela era difunta, muerta hacía diez años, del susto, al mirarla, con su típica chaqueta de basquiña y una terrible mirada de muerta resucitada, allí mismo, el mocetón cayó muerto de miedo, de susto, de pánico; muerto de ver la muerta, que es la más terrible cosa que le puede suceder a una persona en aquella incommensurable montaña... ¡ Que horror ! ...

Cierto día antes de que la abuela se muriera, y es lo que deseo contarles, una vez que mi abuelo se había ido, como era la costumbre a cortar la montaña y se quedaba por allá, sus varias semanas, con los árboles y tal vez, aliviado con su negra de repuesto; era de mañana, el sol estaba claro, el río azul, porque los caimanes se habrían dormido o emigrado a otros rumbos, mi abuela oyó un bramido feroz, y me dijo:- "¡ Ay, santo dios, es el tigre !" ... - Pero yo no le tenía miedo a ningún tigre simplemente, porque sólo los había visto en el cuero del catre y yo jugaba con esa piel sedosa y moteada y me parecían muy agradables los señores tigres.

Pero escuchar el mugido de un jaguar... eso es del carajo, porque hasta las tablas mal clavadas tiemblan con el bramido. Y entonces mi abuela exclamó: - "¡ Ay dios, es el tigre !"... ¿Qué les cuento? Por suerte tenía la abuela encendido el fogón, lleno de troncos crepitantes y rojos, cuyas chispas salpicaban, y el gato teme al fuego, porque el tigre también es medio pendejito.

Pero el animal empezó a dar vueltas alrededor de la casa, que ya le dije estaba sobre pilotes, y eso nos salvó, porque el jaguar con hambre, sin embargo no se atrevía a subir, por el fuego, y

porque la abuela, en ese instante, se puso seria, espantada, con una mirada brillante y sumamente atroz, de negra y montañesa; tenía una daga en la mano y a mi, contra su pecho. Mi abuela sabía que el tigre venía a comerme, porque yo parecía tierno, como manjar; me tragaría de un solo bocado y después iba a relamerse, como gato complacido, con el criterio burgués de : barriga llena corazón contento...

El animal daba vueltas y emitía otros rugidos, para asediarnos y rendir a la abuela. La casa, por lo demás, carecía de puertas, porque mi abuelo manifestó que las puertas fueron inventadas por los europeos ricos, para que ni los negros ni los indios robáramos lo que ellos nos robaron. Y estuvo comprobado, porque de nada le sirvió a un gringo minero, que por allá vino con una gente a lavar oro, el tener puerta y candado, ya que los propios peones, una noche, para despropriadle el polvo de oro que ya el norteamericano tenía guardado, con un machete le bajaron la cabeza y le sacaron con facilidad suma la bolsa que le colgaba del pescuezo...

De modo que la puerta no era necesaria en la montaña, ¿ y el tigre ? bueno, no era que temiera subir, sino que se manejaba con la táctica del desgaste de los nervios de la abuela. Primero me iba a comer a mi de una tarascada: ¡ ñau !... y después se almorzaría a la abuela, pierna a pierna, costilla a costilla. Pero mi abuela como tenía su edad, era más difícil, porque con el trabajo y la vida que llevaba tenía la carne dura; no tanto como los lagartos, pero allí iba, aunque como queda dicho era una mujer oceánicamente bella.

El tigre se pasó todo el día y la noche dando vueltas; de seguro, no me lo creerán, mas así fue la historia. Nos dormimos, o tal vez yo no dormí y mi abuela puso candela en las cuatro esquinas de la casa. Y entonces, o se quemaba la casa y nos llevaba candanga con todo y tigre asados, o el jaguar no subía, y entre los dos riesgos mi abuela prefirió el fuego para espantar al felino. Y así fue, el gato

no subió. A la mañana siguiente continuó la misma vaina, pero mi abuela, ya con más dominio de la situación preparó incluso un caldo para no morirnos de hambre... y el tigre afuera.

Como a las cuatro de la tarde subió la marea. No se sabe por qué el tigre cambió de táctica y se alejó un poco; tal vez fue a realizar su excusado y no quería que lo viéramos en eso.

Mi abuela tomó la daga, me subió en su cuadril, con ansiedad, casi estrujándome; saltó y desbarrancándose como una cabra, loma abajo y gritando ferozmente para darse valor, conmigo llegó al río, soltó el bote, entramos y empezó a canaletear, justamente cuando el tigrazo ganó la orilla y no se atrevió a echarse en el agua, ya sea porque no sabía nadar, por temor a resfriarse, o porque los lagartos en el agua le ganan la pelea al tigre. Yo digo ahora, que nos salvaron los lagartos, porque un tigre con hambre es peor que un rico en tierra. Y nos fuimos río arriba, hasta llegar al trabajo de mi abuelo, en donde la abuela contó lo sucedido y ni los compañeros del abuelo creyeron el cuento. Y más tarde escuché al abuelo cuando la regañaba diciéndole que eran los puros y malditos celos, pues pensaría que lo sorprendería in fraganti con la negra de repuesto...

Pero la negra de repuesto era otro cuento de los amigos, para joderlo ya que él, mi abuelo, jamás se había atrevido a engañar a mi abuela, sino que mi abuela era el único y gran amor de toda su vida, porque ella era una mujer guapísima. Eso oía por la noche en el jorón del rancho, allá en la montaña.

Pero vamos a ver qué le pasó al señor tigre. Al día siguiente regresamos y mi abuelo aceptó, al ver las huellas, que lo del tigre era real y dijo: "Carajo, voy a matar a ese tigre cabrón."

Mi abuela no respondió nada, ni se lo impidió, porque ese era su derecho de hombre y así demostraba el gran amor que le tenía. Mi abuelo preparó los cartuchos, limpió y aceitó una escopeta calibre dieciséis, de dos cañones; se metió en la cintura un puñal de "cocaíta"

y se fue a buscar al tigre. Eran las cinco de la tarde. Iba con una lámpara de carburo en la cabeza, bien aliñado el hombre y siguió los rastros de la bestia

Dicen que si un hombre va adelante y detrás lo sigue un tigre, si el gato mete sus manazas justamente dentro de las huellas del cristiano, y olfatea que el individuo tiene miedo, ya es hombre muerto. La abuela encendió calladamente una vela a la Virgen y se puso a rezar. Sentiría algo de miedo y temor de que el tigre matara al viejo.

El abuelo caminó entre las sombras; hombre bien macho, nacido en la montaña, se la conocía como sus manos: tigre contra tigre... eso era, y lo halló en un promontorio. Verlo y dispararle, eso fue una; pero apenas lo rozó, entonces el gato se volvió iracundo y se le abalanzó, el abuelo lo encandiló con el destello de la lámpara de carburo y le enterró el segundo tiro entre los ojos amarillos. El animal pujó y se rajó en el suelo, muertamente, porque en aquella montaña, nada más podía haber un tigre y ese era mi abuelo. Con cuidado el hombre le abrió el duro pecho al animal y le extrajo el corazón. De madrugada, la abuela ya sabía que el viejo había matado al tigre, porque venía castigando los silencios con su vieja tonada de recogedor de raicilla, y con la saloma se llenaba la casona de madera, de alegría y nuevas esperanzas.

Para esos días, mi abuela se ponía que era un primor de buena, y no me pegaba.

Llegó el cazador, la abuela tenía hecho el café oloroso, en su punto. Él entró como si nada, sacó un envoltorio de hojas de bijáu, y abriéndolo le mostró la pieza a la señora y le dijo: - "coge, cobarde, aquí te traigo el corazón".-

Eso jamás se me olvida.

Al día siguiente mi abuelo, con unos compañeros fueron a buscar el tigre, y resultó ser un animal formidable, de cinco pies de largo, sin el rabo. Mostraba hermosas manchas negras, porque nuestros tigres no son rayados, pero son igualmente tigres. Desde ese día yo dormí en una nueva cama de tigre. Y era una belleza dormir, sobre tan sedoso cuero, hasta la desgraciada hora, cuando se murió la abuela y se me acabó esa extraordinaria fantasía.

Ciudad de Panamá, - sep- 1983-

EL CONGO PAJARITÉ DE MALA MUERTE

Fue el Pajarité más famoso de Costa Arriba de Colón y también del universo de los negros congos. Ninguno como él para chiflar el pito: pita que pita, cuatro noches oscuras o más de cuatro noches, de media luna menguante y creciente. Faroleaba el pito de Pajarité, pese a la bullanga negrísima del mar verde y blanco, de los tambores del carnaval costeño, del carnaval de los congos, donde la Reina Lilia Perea, meneaba las caderas y relumbraba los ojos restallantes como si estuviera moliendo la masa de hacer los hijos congos.

En los bailes congos, Lilia Perea se le adentraba en el remeneo, escobillando tupido con los pies de Reina, para encajarse entre los muslos del hombre, de Juan de Dios, o de quien fuera; apartándose entonces súbitamente, en el carnal desafío al retumbar los tambores de cueros templados y antiquísimos, de los tiempos de ña Upa, de la colonia, del palenque y de la caña. Pues era la tremenda locura.

Cuando Lilia Perea bailaba, la luna madura de iluminación caía al suelo...¡suás! y en la playa se desparramaba en pedacitos de luna; el reguero de luz sobre la arena tibia y aterciopelada, en la cual bailaban los congos de la Lilia Perea, la Reina de Costa Arriba. Y en la alta mar, o entre las franjas de palmeras, al aparecer los enemigos de los esclavos, entonces el vigilante Pajarité- era su oficio y cargo guerrillero- chiflaba su silbato y los centinelas acudían para apresarlos. Detenidos, los forasteros y amarrados, debajo de la ranchería; sometidos a juicio, debían comprar su libertad con botellas de aguardiente, o con dinero sonante y cantante, y entonces los tambores de los congos proseguían su terremoto de sonidos altos y graves, y la voz de Lilia Perea soltaba versos venenosos y eróticos, que daba miedo:

"Dale la teta, chupala...

Ña, ña, ña, ña...

Tené puro curutera,
puro cumino
puro cuntino,
puro curepe, puro cuntera,
purururá-..."

Más esta vez, a la orilla del mar creció, como tromba marina un susto madre de toda la población conga, por lo que le ocurrió ese martes de carnaval, amaneciendo miércoles de ceniza y para siempre jamás, al tal Pajarité de tan mala muerte, congo malo, tamborero trágico, leche agria de su mamita y pan quemado.

Aquello, para que todos sepan, fue en la madrugada, al término de los remeneos. Esa vez amanecía, y según cuentan, la culpa la tuvo el Juan de Dios. ¡ Pero quién sabe!...

Repito, Pajarité era pues el pajarito, personaje del juego congo cuya responsabilidad era vigilar el palenque. El volaba, podía traspasar los piélagos del aire y las atmósferas, velozmente y saber, arriba de las lomas o de las islas, entre la distancia azul y las sombras lilas, cuando aparecía el enemigo de clase, el dueño de los esclavos cimarrones que huyeron de las haciendas de los españoles. Pero en la lengua conga, Pajarité, significaba simplemente: pajarito, y pajarito, Pajarité. Era la categoría y la lengua clandestina para engañar a los amos, igual que piña se decía pinga, y cucuñera, compañera. Pero además, lo principal consistía en que Pajarité solía ser el hijo amado de la Reina, la poderosa, la cacica, la jefa, la mandamás y la gobernante de la dictadura de los congos cimarrones. Pues hubo un tiempo cuando se molía la miel en los trapiches de los amos blancos.

"Los blancos no van al cielo,
por una solita maña,
que quieren comé panela
sin habé sembrado caña"...

Dicen que en Mozambique los cazaron; en Angola los cazaron, dicen; en Guinea, y hasta en Etiopía, porque les decían etíopes, en el Congo, los cazaron. Venían tumbados sobre las amargas naves portuguesas y acá entraban por la bahía de Portobelo, y los pagaban a tantos reales, según el músculo, el tamaño, el blancor de la pepita del ojo...

"Cambio dos etíopes jóvenes por una mula de paso"...

Pero, bueno señores, de esto no se trata - que es historia sucia - sino de lo que pasó a Pajarité aquel horrible último día del carnaval, en su palenque, ya casi al borde del despunte en las aguas oceánicas, barruntadas de tijeretas negras, y la madrugada neblinosa en el pico de los pelicanos dormilones a punto de escaparse, la madrugada. ¡Pobre la Lilia Perea y Juan de Dios!... ¡pobre su niño querido del alma, el gran Pajarité!... ¡Ay...yayay..., cucuñero!...

Un día los esclavos no aguantaron más, porque no hay mal que dure cien años, y uno de ellos, Bayano, se levantó en la hacienda y a filo limpio, cortó cabezas y pescuezos blancos y mezcló la miel con la sangre de los amos. Esta es señores otra historia... Huyó con varios tantos, hacia la montaña, se remontaron y fundaron la República Conga, y su palenque de cimarrones y su territorio liberado. Igual hicieron Mandinga y Felipillo y dieron mucho que hacer a los amos españoles, por muy españoles que hubieran sido, pues además los cimarrones se aliaban con los piratas holandeses e ingleses, para hacer aquella guerrilla, ¿y quién podía con un negro cimarrón, machete en mano, y a veces camuflado con hojas verdes, en la montaña verdísima?

Por eso, en el baile de los congos, también actuaba el "jorasquín" del monte, o sea, el hojarasquín, vestido de hojas largas, para confundirse con la selva... y tremendo bailarín, cuando danzaba.

El palenque era el universo de los congos liberados y cuando los cimarrones perdieron la guerra, al rey Bayano, el jefe de los congos, lo llevaron cautivo a España, para que sus reyes conocieran, en persona, al negro de la fama; olieran su sudor, oyeran el tambor de su voz; tocaran la piel mágica, intraspasable, y desde luego, para que por allá, lejísimamente, en otros y extraños climas, el hombre se muriera de tristeza, amarrado a sus cadenas, matado allá en las caballerizas de la corte; de burla y desprecio, pero principalmente fallecido de una colosal tristeza de héroe derrotado.

Pues sí, Pajarité era el sumo vigilante, pero aconteció, debilidad cimarrona, quizás cosas del diablo y las tentaciones... el muchacho dejó un día de vigilar, y cuando los congos se reunían en el palenque, para realizar aquella gran fiesta de tambores, de noche; cuando ya estaban completamente borrachos del aguardiente cimarrón, hecho de guineo amarillo. Bueno, pues, cuando casi todos los congos, menos el muy Pajarité, en lo de bailar estaban bajo los efluvios del mareo y el tam tam de tambores y las tonadas arrechas, y el remeneo de las congas ataviadas de flores del monte... oiga, fíjese usted, la bailarina en éxtasis, transida de placer, casi temblorosa frente a su hombre, como tragándose en el remeneo, con los ojos de candela... en eso oyeron los disparos de arcabuces; la sangre empapó los cueros y los tambores dejaron de sonar; la cantalante, de súbito, detuvo el chorro de versos insolentes y el coro se apagó como una vela. Aquella vez mataron a casi todos los congos del palenque. Dicen que eso ocurrió muchos años después que vinieron esas gentes de Guinea, y cuando el Rey de las Españas y los señores Obispos de esos mundos, consideraron que, para bien de Jesucristo, los negros y las negras tenían que ser esclavos.

La historia registra que el hecho se dio, sin embargo, con luna plena, pero era una luna negra. El pueblo de congos ardía borracho y los tambores sonaban mucho más; el corazón de los hombres se

metía en el corazón de las hembras y las mujeres vacilaban entre el meneo, el remeneo y la posesión mágica... Allí mismo fueron los disparos y se acabó casi todo.

Pasaron los tiempos, aclararon las tempestades y la cuestión se supo, porque siempre se sabe. Tal vez, porque seguramente, además de Pajarité, vigilaba la contrainteligencia conga; o porque el brujo lo adivinó, ¡quién sabe!... Lo cierto fue que llevaron al Pajarité, quien no murió, desde luego, a un proceso jurídico -penal y nombraron para ello a terribles jueces cimarrones. Entonces el pueblo congo se enteró de lo increíble: nada menos que el Pajarité, el sumo vigilante, el hijo de la Reina, en lugar de cuidar a los camaradas y su fiesta, por unas cuantas cochinas monedas, delató la reunión al enemigo de clase. ¡Ay...ya yai!... Los jueces en el centro, bajo un enorme árbol de corotú verde, copudo y altísimo, pero cuyas ramas bajaban a ras del suelo, Pajarité a la derecha; a la izquierda, su madre la Reina, como labrada en piedra le quitaba la cara. Ella de perfil se parecía a Nefertiti, la reina de Egipto, alrededor, la masa de los congos enfurecidos. De lejos se oía el tam tam de un enorme tambor.

Bueno, pues, Pajarité se levantó, también como una estatua, musculoso, delgado, nervioso, y casi inocente cantó toda la verdad, absolutamente toda, en una amarga autocrítica. Los terribles jueces dictaron la sentencia. Exclamaron al unísono ¡Muerte!... La Reina pestañeó, pero no movió su rostro, ni su alto cuello de Nefertiti. Luego los jueces se inclinaron reverentemente, ante la Reina y con mucho respeto, el juez mayor dijo: - "Reina, de todos modos, tú sabes, se trata de tu hijo del alma, solo tú puedes indultar la pena."

- Mátenlo - respondió sin titubear, ni volver el rostro de obsidiana.

Al fondo sonaban los templados tambores. Se acercó un guerrillero, el más fuerte, desenfundó su machete de plateado filo, y le sajó la nuca.

El machete se tiñó de rojo, como el ribete del amanecer y la cabeza de Pajarité, al caer al terreno dio varios saltos mortales y todos los negros se echaron a llorar, menos la Reina de piedra, que lloraba, como Nefertiti, para adentro.

El palenque, eso cuentan, siguió por muchos años más y otros hombres ocuparon el cargo militar de Pajarité. De lejos, en la profunda montaña, en el palenque bramaban los tambores y nadie se atrevía a matar a los negros cimarrones.

Pero todo aquello aconteció cuando los barcos negreros de los portugueses vinieron del Congo, de Angola de Guinea, y de otras regiones africanas, hace tantos y tantos tiempos, pero todavía pese a todo, para los carnavales, en Costa Arriba y Costa Abajo de la Provincia de Colón, en el Atlántico, resuenan los mismos tambores y los congos establecen sus palenques de mentiras encantadas y repiten el ciclo de su tragedia. La Reina ordena a Juan de Dios, su marido, quien pese a que es hombre y marido, no manda, y Pajarité toca su pito y vigila alrededor, por si los enemigos aparecen... Y esto fue lo que sucedió, cosa de no creer. Y después del martes de aquel carnaval, la gente puso todo en tremenda duda ... ¡Y cómo lloró el conguerío!...

En ese carnaval, desde el veinte de enero, cuando en una garrocha de caña izaron la bandera, los congos se tomaron la región y fundaron su palenque de parrandas, danzas, bailes, cantos, tambores y pitos que sonaban como nunca antes. Las mujeres trajeron tiras de todos los colores para la elaboración de los vestidos y abundantes flores secas del monte, para el embrujamiento de las cabezas temblorosas de las bailadoras.

El hecho fue el martes de carnaval; mejor dicho, miércoles al amanecer. Quizás estarían todos borrachos... Como se ha dicho, en el juego congo la Reina tiene que ordenar la muerte de su propio hijo, por haber traicionado el palenque, cuando los viejos días de la colonia, denunció la fiesta clandestina de los cimarrones. Para los carnavales, cada año había que escoger al muchacho más despierto, y el de mejores dotes artísticas, para la representación realista y dramática del papel de Pajarité. Mas como este Pajarité hacía su trabajo, el mejor, en muchos años, y como a diferencia de otros muchachos, él no se había ido de la costa a buscar salarios en los puertos de las ciudades del Canal, porque era un hombre muy enamorado del mar, del arroz con coco y carne de tortuga, y sobre todo, de sus mulatas; pues bien, allí estaba esta vez, el muy Pajarité, pitando su silbato. Danzaba, corría de un lugar a otro, llegaba, casi de rodillas, en sus escobilleos, ante la Reina, y más tarde, la traición, la turbamulta de tambores, gritos y lances del tamborito después el juicio y finalmente la Reina ordenaba a sus camaradas que mataran a su propio hijo del alma, su Pajarité delator, y en medio de la algarabía de la fiesta, las tonadas y los ritmos de tambores. Luego de cuatro noches de carnaval Pajarité se lucía, y bajo el ataque de sus verdugos que blandían machetes de madera, el muchacho caía mortalmente herido, retorciéndose sobre la arena, bajo el repique culminante de tambores y palmoteos.

Pero el teatro era morir con gran estilo congo; retorcerse cómicamente y a veces hasta esperar una tonada de velorio con sucias palabras y vulgaridades de gran calaña. Esto se realizaba al amanecer, entre nieblas, sombras, rugidos del mar creciente, cuando una uña de sol bermejo rompía los sortilegios del mundo. Muerto Pajarité, o Pajarito, que da lo mismo, cerraban con ello, los últimos toques de los tambores del carnaval.

Entonces venía la vida y la realidad humana, al dejar de ser congos por fuera, aunque llevaran el congo por dentro, hasta el otro año, de nuevo, el veinte de enero, cuando Lilia Perea, la Reina volvía a notificar a su gente, su familia, sus congos. Salían a buscar la cooperación entre el comercio y los vecinos, a pedir retazos de telas de colores vivos, y algún dinero aquí, otro allá, porque venían los carnavales. Y aunque el mundo seguía peor de jodido... pues, por eso mismo: para olvidar la miseria de los congos, en Costa Arriba y Costa Abajo de Colón, la ciudad fantasmal y fantástica, por donde el mundo entra al Canal interoceánico; donde hubo las más deliciosas prostitutas de la región, durante la Segunda Guerra Mundial, y famosos incendios, y en una de cuyas calles, sobre los rieles del primer ferrocarril interoceánico, los norteamericanos ordenaron el ahorcamiento del revolucionario Pedro Prestán, que de seguro también tendría su alma conga.

Pues como venía el carnaval los congos levantaron su palenque y jugaban cada sábado, hasta el último día, el martes, amanecer del miércoles, cuando el Pajarité degollado hacía corcobitas mortales y caía definitivamente muerto, para el contento del gentío alegre en medio de los gritos y aplausos. Luego Pajarité, en trance, resucitaba de entre los muertos; se levantaba, y en medio de los aplausos y los vivas: "¡Viva Pajarité... ¡Viva!" Decía alguien: - "¡Coño...ese Pajarité, si es del carajo"...- Luego los danzantes agotados se retiraban por la playa, a la orilla del mar, a sus bohíos, a dormir las jumás de toda la semana y a esperar, la realidad de la vida, hasta el próximo año, para los carnavales y los palenques, cuando el miércoles de ceniza al amanecer volvieran a matar a Pajarité.

Pero ocurrió en este carnaval, que tanto les dolió, el miércoles, como queda dicho (y nunca hubo un Pajarité más Pajarité que ése, en punto al giro que le imprimía a la representación de la muerte...) el muchacho cayó con un estupendo estilo congo, al suelo y no se levantó, de puro caazurro y zorro que era el negro.

Los tambores arreciaron, las tonadas con palabrotas, los remeneos de las negras y Pajarité en la arena. Le gritaron: -"¡Pajarité, pendejo, levántate.--- ¡Oye negro bribón, quedaste requetebien, de película..-

-¡Arriba, vámonos ! --- ¡ Pajarité, loco, quedaste clase, párate...- "¡Está borracho... exclamó Juan de Dios».-- "¡ Que va... no está sino jodiendo.

"¡Arriba cucunero!"...-

Un viejo negro se arrodilló para levantar al Pajarité borracho.

- ¡Miedda!... ¡Sangre!- gritó.

- ¿Qué?- rugieron en coro, los danzantes y el gentío.

- ¿Sangre, dices tú, viejo? ¿Qué le pasó a mi Pajarité ?- gritó una muchacha, la más linda de los congos y de la fiesta-

- ¡ Puta, no te acerques !... le gritó el marido y la jaló con violencia.

Cayó de arriba un silencio bárbaro, la Reina levantó el brazo izquierdo de Pajarité, su hijo del alma, y se vio que la sangre de verdad le manaba raudamente, por donde dicen que los negros congos también tienen el corazón bermejo.

A esa hora repuntaba la claridad del día, con su tremenda realidad y en coro, con tambores oscuros, los congos empezaron a llorar de verdad y a cantar así:

- ! Ajé, mataron a Pajarité, señores ! ... ¿Quién mató a Pajarité?

- ¡ Mataron a Pajarité ! jese negro es un bandido, señores !...

- ¡ Ajé, mataron a Pajarité ! ¡con un puñal le abrieron el corazón!...

- ¡ Mataron a Pajarité ! ¡tal vez por una mujer ajena, cucuñero !...

- ¡ Mataron a Pajarité ! de verdad, ¿ Quién fue el villano, señores!...

- ¡ Mataron a Pajarité ! ¿ Quién fue aquel que no supo jugar congo? ¡ Ay !

- ¡Mataron a Pajarité! ¡porque era el negro más lindo y parrandero!...

- ¡Mataron a Pajarité! ¡porque en lugar de vigilar, amaba tanto!...

- ¡Mataron a Pajarité! ¡pero es mentira que lo mataron, señores !...

- ¡Mataron a Pajarité! pero, ¿ Cómo pudo pasar esto en la fiesta ? ¡ Ay !

- ¡Mataron a Pajarité! ¡y si es así, se acabaron los congos, señores !

- ¡Mataron a Pajarité! ¡ajé señores, repíquenme los tambores !...

- ¡Mataron a Pajarité y yo estoy llorando, señores...

"Ña, ña, ña, ña..."

Tené puro curutera,

puro cumino,

puro cuntino,

puro curepe, puro cuntera

purururá....

Ya había brotado el día pleno sobre los vidrios de la playa.

Los congos lloraban ahora, real y supremamente al Pajarité desangrado y concretamente muerto de la misteriosa puñalada. En eso llegó la policía y arrestó a los danzantes. En la cárcel los congos entre vapores de alcohol y de la fantasía, no llegaban a deslindar las fronteras que separaban su realidad del sueño. En la última celda, Juan de Dios, casi loco repetía:- "Ay, Pajarité de mala muerte! "...

Más allá de las circunstancias, sin embargo, en los palenques de Costa Arriba, aún sonaban los tambores abstractos.

Octubre, 1983.

Ciudad de Panamá.

LOS INFUNDIOS SOBRE EL AMOR Y LA MUERTE DEL DOTORE CIPRIÁN VIROLA

Sobre el quebrado espinazo lila y azulenco de la sierra (realmente de tono castaño o rojo) las estadísticas apuntan y las gentes lo atestiguan, que la vida tiene verdadera cara de perro y allá, los perros, con las hambrunas atadas a la muerte, ofrecen miradas desgarradoras de hombres supremamente humanos, pero infelices.

Y quién sabe porqué a los habitantes de aquellos rumbos y parajes, o sea, a los llamados indígenas y cholos, los llaman simplemente: " camarás ". La cuestión era que los camaradas se morían de cualquier soplo o vicio que los "suliaces"- los no indios- llevaban a sus tierras y pueblos, con los comercios, políticas y religiones afuereñas, como decir: tosferina; como decir, aguardientes; como decir elecciones, alambres, propiedad privada, títulos, escrituras, leyes y otras yerbas aromáticas... y todas las angustias.

Allá, en la sierra el paisaje típico era una esmirriada choza; a lo lejos, encumbrada en los altozanos yermos, uno, dos, diez kilómetros adelante, otra choza desflecada por los fuertes vientos veraneros de los altiplanos realmente amarillentos. Era el retrato de la vida. Algunas cosas como las chigarras y las orquídeas se alimentaban, nada más del sereno y de los altos rocíos iridiscentes. Y acontecía, que en las noches claras, desde los lejanos poblados donde vivía la gente "civile", de noche, se percibían las ardientes quemas, en las lomas en donde subvivían los hombres y mujeres gnobes, por obra

y gracia de los dueños del mundo. "Allá - decían - donde se ven aquellas quemas, viven los "camarás"; ellos, comen perros. En la sierra gente hay muy poca. ¿Indios?... una barbaridad."

Pero Candelario Sires, viejo cacique y sabio de la comarca, solía explicar que nada de eso, dicho por los civiles era verdad: -"Nosotros no comemos perros, los amamos; vivimos uno aquí y otro allá, porque si nos concentrábamos en poblados, nos caían, de nuevo, los bárbaros conquistadores encima, en busca de los dioses-oro."

Y era cierto. Pero también, en las noches Dotore Ciprián Virola veía desprenderse pedazos de estrellas, y de vez en cuando, auscultaba bolitas de luz o chispas azulillas, que cruzaban velozmente el curvado cielo, de los ángeles y arcángeles, y tal vez de los diablos y diablillos. Eran maquinitas inatrapables en el cosmos, hechas por los magos de la civilización: "bip...bip...bip"... solían hablar tales idiomas o signos, ¡ quién sabe!

Lo cierto es que Dotore Ciprián Virola era un sabio que curaba gente con sus hierbas y bejucos, con resinas del árbol de caraño, el corazón de los colibríes verdiazules y la miel ácida de las avispas. Así.... ¡ cuántas vidas salvó Dotore Ciprián!... Y sólo cobraba un sorbo de café, de haber café; si no un buchito de café de ñajú, de haber ñajú; o una risilla de afilados dientes blancos, pues sonrisas no faltaban en aquella desgraciada región de la cholada.

Pero además, Dotore Ciprián Virola conocía muchas historias y sabía contar los cuentos del origen, del principio y los demiurgos, cuando « to bicho jablare... to nimal jablare: tigre jablare, mono jablare, culebra jablare; lagarto jablare... to vainas jablare... Ese universo se lo sabía de memoria el curandero de la Comarca Indígena del Tabasará. Era práctico en sahumar las viviendas, con la caraña hedionda, para que no las penetraran los malos espíritus, o para que los "suliaces" y civiles no contagiaran, con sus enfermedades, a

los niños . Era especialista en sacar espinas de los pies, con la resina del chutrú; o extraer el veneno de las mordidas de todas las serpientes y víboras, hasta la de terciopelo y la coral. ¡ Cuánta ciencia dominaba el gran Dotore Ciprián Virola! ¡Y cuanto le entregaba a su amado pueblo de la cordillera!

Pero lo infame del caso fue que al Dotore Ciprián Virola lo mataron de muy mala manera. Según testimonio de su "camará", el Alcalde indígena de Paredones, Juan Nepomuceno González, al Ciprián lo empujaron de lo alto del jorón, donde dormía, abajo y el pobre se desnucó, muertamente como un toro, así nomasito.

¿Quién lo rempujó?

Allí se murió; nadie pudo salvar de esa muerte salvaje, al Dotore Ciprián, de golpe tan traicionero, como brutal.

Nada más morir de muerte tan tamaña cuando en pocas horas, de todos los precipicios y mesetas de la sierra vino el gentío indígena a ver cómo y porqué habían matado al Dotore Ciprián, quien todavía estaba allí, totalmente muerto, con su hermoso talante de gente gnobera, tal como siempre había sido, pero desnucado y sin respiración alguna, sobre una talanquera improvisada hecha de varas de jagua, a cielo abierto.

En derredor la cholada bebía chicha de yuca, y pronunciaba palabras intrincadas en la lengua gnobera. La suma de cada palabra, en el velorio iba produciendo como un zumbido ululante de panal inmenso, porque la sierra, es decir, los "camarás" amaban a Dotore Ciprián Virola, pues era sabio y curandero, porque revivía a los niños y, en fin, no le hacía mal a nadie.

Esa vez fue un solo llegar de gentes, durante tres días, hasta cuando lo enterraron con cuidado sumo, así como debe enterrarse a un diosito. Y esa tarde quedó íngrimo, soterrado, el miserable hombre, Dotore Ciprián Virola, quien, por increíble razón, lo echaron del altillo, del jorón, del rancho abajo. A su pueblo no le quedó, de ello, duda alguna.

La capota del cielo, el gran rancho del abismo superior, tapó la pequeña tumba. A lo lejos, alguien, con dolorosa soledad tocaba la triste flauta vegetal de la muerte: chifla que chifla.... triste "chiflare". El "chiflare" se iba en volutas campánulas y azulencas, como pajarillos o mariposas transparentes del otro lado del mundo, y Dotore Ciprián Virola quedaba solitario, como a diez jemes, bajo el frío subsuelo, castaño y rojo. Si llovía, se iba a mojar, el pobre Dotore.

Pero el parte oficioso, de este caso bajó de la sierra, de autoridad civil, en autoridad civil, de la sociedad civil y ciudadana y demás corresponsales del gobierno se convirtió en una noticia cruel. Decía así: "SE MATÓ EL INDIO ENANO, SEDUCTOR DE MUJERES", fue el título, y se colgó lo siguiente: cayó borracho de un jorón abajo, cuando trataba de escapar, al enterarse de que al rancho llegaba el marido de la mujer con la cual se refocilaba".

Ese año, con dicho trabajo, el periodista de marras ganó el premio nacional del género de reportaje.

"Se trata - decía el reporte- del conocido indígena Ciprián Virola, quien se hacía pasar como doctor, porque ejercía clandestinamente el curanderismo y la brujería, prohibidos por la ley; oficio del cual se servía para su verdadera pasión de seductor de mujeres.

El pintoresco Don Juan de la sierra, enano, de unos sesenta y cuatro centímetros de alto, practicaba, sin embargo, sobre las damas de la comarca, verdaderos sortilegios. Se aprovechaba de su condición de curandero para suministrar brebajes de especiales yerbas que producían, en las víctimas femeninas, verdaderas alucinaciones, encantamientos, embrujos y casi locura.. En tales circunstancias las indias se entregaban furiosamente al seductor y fáunico enano, al punto de que no pocas veces, se escenificaron verdaderas batallas campales, entre grupos de mujeres, que se lo disputaban.

"Pese a que estos hechos eran conocidos en la comarca y en los distritos vecinos - agregaba el informe - no había nadie que pudiera ponerle coto al desenfadado enano enamorado, porque además, tenía un dominio férreo sobre las comunidades, ya que se le atribuían poderes extraordinarios, sobrenaturales y extraterritoriales, al punto de que no se le consideraba un indio legítimo y común, sino una especie de semidios, puesto que no había nacido entre la cholada, sino que, según se contaba en la sierra, provenía del mundo palenque, el cual tiene su asentamiento debajo del lecho de los ríos. Por tanto, no era justamente un hombre enano, sino que en tal submundo las personas eran de ese tamaño, ya que tienen que vivir en las profundidades de los charcos y resistir tales presiones.

Lo fabuloso - decía el galardonado reportero - era la influencia que Ciprián Virola lograba sobre las mujeres. Como era enano, y por tanto no podía caminar esas distancias de la sierra, entre cerro y cerro, por pretilos y chiflones profundos, las sofocadas hembras caminaban kilómetros sobre las escarpadas lejanías, para ir a buscar al dicho Ciprián Virola, en su encantada guarida, en donde tenía todas las medicinas y los misterios eróticos de su antigua raza gnobe. Recibida la petición de la pretendiente, Ciprián Virola accedía gustosamente, se aviaba de yerbas, de tabaco y de otros menesteres y la mujer lo ayudaba a introducirse en una chácara grande, en donde el sujeto se colocaba. La cargadora se ajustaba el hico de la bolsa de pita, en la cabeza y levantaba la carga atesorada, y echaba a andar, como una recia mula, por los polvorosos y quebrados caminos, hacia su lugar, en donde necesitaban la cura y el alocado amor del médico encantador.

"- A veces, tales caminadas duraban horas; otras varios días, hasta llegar a los apretados parajes. A la semana siguiente, otra paciente - decía el periodista - venía a requerirlo, con iguales ímpetus, porque Ciprián no se pertenecía, era propiedad común del colectivo de mujeres de la comarca.

Así, al andar, las invencibles damas cargadoras, sobre sus espaldas lo llevaban, incrustándose el filo del hico de la gran chácara, entre los recios cabellos de la cabeza; paso a paso resoplaban, al empinarse, loma arriba, bajo las puyas de los solazos o de las flechas de las lluvias y los latigazos de las ventoleras. Ciprián adentro de la bolsa, como un ídolo dormía, o bien fumaba, según la ocasión. El amor costaba tanto, en esas serranías, pero era el amor"-.

Así terminaba el famoso reportaje, ilustrado a grandes trazos, por un dibujante que imitaba el estilo de Gustavo Doré. Desde luego, hizo otro capítulo, al día siguiente, para informar de los detalles de la muerte del famoso enano.

Pero el semanario mimeografiado, "El Cholo", presentaba otro cuadro de la misma cuestión, bajo el siguiente título: "La verdad sobre la muerte de Ciprián Virola". En la página dos, del viernes siete de septiembre de 1960 se leía: "Logramos, en plena sierra, entrevistar al dirigente indígena Juan Nepomuceno González, quien dijo que para los días del suceso de Ciprián Virola, a él, Juan Nepomuceno, lo buscaba la policía, según supo: "Vivo o muerto" pero más bien muerto que vivo. Así lo propagaban policías que lo perseguían con sus negras carabinas.

"Meses atrás - decía la nota - Nepomuceno González había pasado una temporada en la cárcel motivada por la represión, y al salir de la prisión, como se hallaba enfermo, mandó a buscar a Ciprián Virola, para que lo viniera a curar.

Se sabía que Ciprián, por sus favores, era un poco el dueño de aquellos pueblos y cuando Juan Nepomuceno, con su voz de trueno y sus relámpagos, levantó a la indiada, a los "camarás" para pelear la tierra, la mala tierra, la tierra agria, la antiquísima tierra, la tierra que, al fin, no era de ellos, pues Dotore Ciprián Virola, se cuadró a su lado, como su lugarteniente. Escalaron una colina empinada; lo montaron en un montículo, sobre una bella piedra negra de obsidiana, decorada con severas inscripciones, de siglos y con un

grande y fulgurante caracol rosado, él, Ciprián Virola, llamó a su gente y llegó todo el mundo gnobe y buglé, y aún los "camarás" de la región Teribe....

A Juan Nepomuceno, esa vez, no lo pudieron matar, pero lo asediaban en cada rincón de la sierra, ya que desde The Canal Zone, el Comando Sur, había comunicado a sus compinches de la policía Secreta de Panamá, y a sus íntimos de los grandes periódicos, que en abril iba a estallar un levantamiento en la comarca».

Abril, 1987
Ciudad de Panamá.

